

**Palabras del Dr. Rigoberto Aguilar Pico en el acto de develación
del retrato del Dr. Mario A. Torroella en la Galería de Presidentes
de la Academia Nacional de Medicina**

HAN TRANSCURRIDO más de tres años desde aquellas memorables fechas en que las sociedades pediátricas de toda la república se reunieron para rendir un merecido homenaje a su miembro más destacado y querido, el Dr. Mario A. Torroella, con motivo del cincuenta aniversario de su recepción profesional, homenaje que también le fue rendido por esta H. Academia de la cual el Dr. Torroella era miembro honorario y expresidente.

En ambas ceremonias tocóme el alto honor de hacer el elogio del querido maestro; dije entonces y lo repito hoy, que, si el afecto y la estimación sinceros profesados al maestro; si el haber disfrutado del singular privilegio de colaborar con él desde el año de 1933 como jefe de clínica en la Cátedra de Pediatría que con gran acierto impartió por tantos años, fueran los requisitos indispensables para rendirle un homenaje por su destacada labor en la enseñanza de la pediatría, seguramente que yo sería el indicado para hacerlo, pese a que mentes más privilegiadas podrían haber sido seleccionadas para desempeñar tan honrosa tarea.

Hoy que esta H. Academia honra su

memoria al descubrir su retrato en la galería de sus presidentes que han rendido su tributo a la eternidad, como una demostración de que no mueren quienes, al confundir su gran fuerza espiritual en el gran todo que oculta el infinito, dejan como legado el tesoro de su vida fecunda y ejemplar; tócame de nuevo el alto honor de rendir un homenaje a su memoria.

Muy grande será mi satisfacción si puedo agrupar en adecuada síntesis los principales aspectos de la vida ejemplar de nuestro homenajeado, que logró destacar en primerísimo lugar como miembro y presidente de nuestra Academia y como maestro de la pediatría mexicana.

Perdonadme si en este bosquejo de su biografía, y al referirme a sus cualidades como maestro ejemplar, repito algunos párrafos de los expresados en la ceremonia del cincuenta aniversario de su recepción profesional.

Nació el Dr. Mario A. Torroella el 10 de mayo de 1887 y falleció el 4 de marzo del presente año de 1967 cuando estaba por cumplir 80 años de generosa existencia. Murió en la Casa de Salud Mier y Pesado que él fundara en 1917

y de la cual fue director hasta el último día de su existencia; murió cristianamente como él quería morir, en paz con los hombres y en paz con Dios.

Nadie discute que la actuación del Dr. Mario A. Torroella llena toda una época en la historia de la pediatría mexicana; a él, a sus renovados esfuerzos se debe que la enseñanza de la pediatría fuera incluida en el plan de por muchos años se le había tenido al formularse los planes de estudio en nuestra Escuela Nacional de Medicina. Antes del Dr. Torroella y a principios de este siglo, el obscurantismo reinó en la historia de esta disciplina, y a sus gestiones se debe que la cátedra de pediatría fuera incluida en el plan de estudios de la Facultad de Medicina. Su preparación como pediatra la inició el Dr. Torroella al lado del Dr. De P. Carral de quien fue su discípulo en la cátedra de obstetricia y quien le encargó atendiera a los niños que asistían a su consultorio. Después se trasladó a Europa con la intención de especializarse, habiendo concurrido al curso de Clínica de Pediatría que impartía en el hospital "Des Enfants Malades" el sabio y viejo clínico Víctor Hutinel (con cuyo hijo, el brillante y malogrado profesor Jean Hutinel, que heredó el genio y el talento de su padre, cultivó una estrecha amistad). Siguió también un curso de enfermedades de la primera infancia con el eminente profesor A. B. Marfan en el hospicio "Des Enfants Assistés". Es indiscutible que los dos grandes clínicos franceses Hutinel y Marfan modelaron el elevado espíritu clínico que demostró siempre el Dr. To-

roella en la cátedra. Asistió, además, al servicio del profesor Broca y de otros clínicos franceses. En Viena estuvo en el servicio de Von-Pirquet y en Nápoles con el profesor Rocco Jermina. Años más tarde volvió a Europa y asistió a la clínica de pediatría del profesor Nobecourt; a la del famoso cirujano de niños, profesor Ombredane, y a la del ortopedista Huc, pues había planeado prepararse lo mejor posible tanto en la pediatría médica como en la quirúrgica.

Su carrera de profesor la inició siendo aún estudiante al ser designado alumno ayudante del prosector de operaciones. En 1917 fue nombrado jefe de clínica de medicina y cirugía y en 1918 prosector de anatomía topográfica.

En 1925 fue comisionado para dar un curso de pediatría médico-quirúrgica a los médicos escolares y, el 27 de febrero de 1927 fue nombrado profesor de anatomía topográfica en la Escuela Nacional de Medicina; pero su espíritu estuvo siempre puesto en la pediatría y con fecha 9 de agosto de 1928 hizo reiteradas gestiones ante el entonces rector de la Universidad, Dr. Alfonso Pruneda, solicitando la incorporación al plan de estudios vigente, de un curso de pediatría médico-quirúrgica; las razones por él expuestas fueron convincentes y la cátedra fue creada en nuestra Facultad y el Dr. Mario A. Torroella, a solicitud unánime del alumnado, fue designado profesor de la misma.

A partir de entonces, sus actividades dentro del campo docente de la pediatría se multiplicaron; en 1930 fue designado profesor especialista en higiene

infantil en la Escuela de Puericultura de la Secretaría de Salubridad; durante dos años a solicitud de los alumnos impartió un curso libre de pediatría en la Escuela Médico Militar, terminando su encargo al ser incluida en el plan de estudios de dicha escuela la mencionada materia.

Su colaboración en cursos para postgraduados fue constante y, a solicitud de los sociedades médicas de varios lugares de la república, sustentó numerosas conferencias sobre temas pediátricos y asistió como delegado de México a varios congresos internacionales de pediatría, en la Escuela de Graduados de la Universidad Nacional Autónoma. En 1951 colaboró en la organización de la sección de pediatría en la rama de ciencias médicas del Congreso científico Mexicano con que se celebró el IV Centenario de la Fundación de la Universidad Nacional de México.

Su constancia en la clínica de pediatría a su cargo, fue ejemplar y al separarse de ella siguió colaborando durante tres años en los cursos para postgraduados impartidos en el Hospital Infantil de México.

No podríamos negar que el avance arrollador de la pediatría en México, que desde la creación del Hospital Infantil estamos presenciando, mucho debe a la meritoria labor desarrollada dentro del campo de la enseñanza por el Dr. Mario A. Torroella; labor pionera que brillantemente secundada, mucho contribuyó a hacer nacer el estímulo y la vocación por esta importante rama de la medicina, y en la iniciación pediátrica de los que posteriormente tanto han luchado por cimentar el pres-

tigio de que hoy disfruta la pediatría mexicana.

El Dr. Torroella ingresó a esta Academia el 22 de diciembre de 1926 presentando su trabajo de ingreso sobre el tema: ¿Existe el raquitismo en México? En 1942 presentó su interesante memoria sobre el "Síndrome hipoproteínémico avitaminósico", brillante colaboración al estudio de la desnutrición del niño mexicano, habiendo sido numerosos los trabajos presentados en esta Academia, en congresos y en diversas instituciones científicas.

Permitidme referirme a algunas de las muchas cualidades del Dr. Mario A. Torroella que tanto contribuyeron a forjar su reconocido prestigio como uno de los más grandes maestros de la pediatría en México.

Asistir a su cátedra era un privilegio del que todos deseábamos disfrutar; con ameno lenguaje, con discreción y exquisito tacto, hacía siembra constante de lo mucho que almacenaba de sabiduría y justificando el aforismo de Emerson de que "enseñar es dar", ponía a disposición de sus alumnos, sin egoísmos, sin afectación, todo el tesoro de su experiencia y de sus conocimientos.

Su amenidad subyugaba; con gran habilidad matizaba a veces la aridez del tema pediátrico con la anécdota oportuna. Nunca olvidaba mencionar los trabajos que sobre el tema que desarrollaba habían sido realizados por los peditras mexicanos y se notaba la satisfacción con que se refería a la aportación de ellos en el avance de la pediatría. No era dogmático, pues seguramente consideraba, como Caso, que

el dogmatismo en la enseñanza y el pensamiento era lo que el fanatismo en el sentimiento y la tiranía en la acción. Exponía con toda sencillez lo que creía era la verdad en el conocimiento pediátrico, respetaba siempre el criterio de los demás y, cuando no estaba de acuerdo, manifestaba con suavidad y tacto su inconformidad.

Su amplia cultura general, su dominio del idioma que facilitaba su expresión clara y precisa, hacían sus lecciones interesantes y fácilmente comprensibles.

Aún recordamos con qué atención era escuchado por los alumnos que en aquel entonces llenaban el aula del Hospital General; y fue así cómo, en los cursos de clínica que por tantos años él sustentó, miles de estudiantes y médicos recibieron los conocimientos esenciales de la pediatría con toda la amplitud y profundidad exigidas por los programas de nuestra facultad y siempre puestos al día de acuerdo con el avance nacional y universal de esta importante rama de la medicina.

Es indudable que en el campo de la enseñanza de la pediatría muchos han descollado después de él, pero nadie podría negar que en su época, supo destacarse en primerísimo lugar en forma tal que en la historia de la pediatría se hablara en el futuro de la época del Dr. Torroella. Nadie podrá negar tampoco que fue un ejemplar maestro, si por maestro se entiende según la expresión socrática, no tanto al creador de un sistema (ni siquiera el inventor de nuevas instituciones), sino al que sabe alumbrar en las almas lo que cada uno

debe dar de sí; si por maestro se entiende, repito, al que además de poseer la sabiduría, sabe vivirla en honda comunión espiritual con sus discípulos; y fue precisamente humanismo lo que hace al maestro Torroella ganarse el afecto perdurable de sus discípulos, convencido como siempre estuvo, de que si al conocimiento científico no va aparejado el desenvolvimiento de las más altas virtudes humanas, es como un faro que no alumbraba. Su humanismo ha sido un humanismo del corazón, no del intelecto; en otras palabras, según la expresión de Pascal, un humanismo que siempre obedeció a esas razones del corazón que la razón ignora.

Mucho podríamos decir sobre las virtudes espirituales del Dr. Torroella y de las características de su pensamiento bondadoso, tolerante, elegante en el decir y elegante en su presentación; grande por la potencia especulativa de su espíritu; grande por la extensión y libertad de su pensamiento nunca enturbiado por prejuicios ni sobornado por convencionalismos; supo decir la verdad sin ofender, supo vivir siempre su vida en cordial ambiente de fraternidad, en una palabra, fue un humanista ejemplar.

Señores académicos, si es verdad que la misión del médico es prolongar la vida biológica de los seres humanos, es también misión de los seres humanos prolongar la vida espiritual de quien en servirles dedicó todas las fuerzas de su ser, toda la potencia de su pensamiento y todos los sentimientos de su corazón. Toca a las instituciones a que pertenecían los que ya se fueron, realizar esta noble misión y en nuestro caso toca a

esta H. Academia de Medicina perpetuar la memoria del Dr. Mario A. Torroella al descubrir este retrato en la galería de sus expresidentes que le han dado gloria y honor. Este acto solemne es la mejor demostración de que Mario A. Torroella no ha muerto espiritualmente y que seguirá proyectando su figura luminosa en el presente y en la posteridad. Mario A. Torroella

vivirá mientras vivamos los que tuvimos el privilegio de recibir sus enseñanzas y de disfrutar de su amistad sincera y generosa; mientras existan las asociaciones a las que el perteneció; Mario A. Torroella vivirá por siempre porque ya está vinculado a la historia de esta Academia Nacional de Medicina y a la historia de la pediatría mexicana.